

THOMAS KEATING

EL MISTERIO DE CRISTO
LA LITURGIA COMO UNA
EXPERIENCIA ESPIRITUAL

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2007

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
1. MISTERIO DE LA NAVIDAD Y LA EPIFANÍA	27
2. EL MISTERIO DE PASCUA DE RESURRECCIÓN Y ASCENSIÓN	61
3. EL MISTERIO DE PENTECOSTÉS	149
4. TIEMPO ORDINARIO	155
APÉNDICE I: EL ROSARIO	203
APÉNDICE II: LA LITURGIA CONTEMPLATIVA	205

PRÓLOGO

La espiritualidad y la teología cristianas no pueden separarse. Dios las ha unido con un lazo indisoluble. La liturgia compendia y manifiesta esta unificación vital. Está diseñada, ante todo, para transmitir “la mente de Cristo”¹, la conciencia en que Jesús manifestó la Suprema Realidad llamándola “Abba”, el Dios de compasión infinita. Este “Abba” es, desde siempre y para siempre, totalmente trascendente. Su interés gira alrededor de la condición humana. Cuando las personas que participan en la liturgia están en una disposición de ánimo adecuada porque se han preparado debidamente y porque la entienden perfectamente, Dios les transmite esta experiencia con una intensidad que va continuamente en aumento.

La transmisión puede tener lugar cuando se vislumbra el Misterio de Cristo, o con una infusión de amor divino, o cuando se dan las dos cosas a la vez. Puede ir también más allá de cualquier percepción de orden psicológico, en la oscuridad y presencia inmediata de la fe pura. Si es este el caso, sólo se manifestará por los frutos de nuestras vidas. De cualquier forma que se transmita el Misterio de Cristo, siempre se reconoce como un regalo de gracia santificante. En el Misterio de Cristo, y en nues-

1. 1 Cor 2:16.

tra participación en él, la gracia de Dios es la presencia y la acción de Cristo, no sólo en los sacramentos de la iglesia y en la oración, sino también en la vida cotidiana.

La oración contemplativa es la preparación ideal para la liturgia. A su vez, la liturgia, cuando se celebra en forma debida, fomenta la oración contemplativa. Unidas impulsan el proceso continuo de la conversión a la cual nos llaman los Evangelios. Despiertan en nosotros la certeza de que nosotros mismos, como miembros que somos del Cuerpo de Cristo, somos la línea de donde parte la Nueva Creación iniciada por la resurrección y ascensión de Cristo.

Durante los retiros de los cuales formaron parte estas conferencias, se dedicaron de cuatro a seis horas diarias a la oración contemplativa comunitaria, siguiendo el método de la oración centrante. La oración contemplativa en comunidad es una experiencia que vincula poderosamente a los participantes, a la vez que se convierte en una especie de liturgia profunda. La práctica diaria de la oración contemplativa, ya sea en comunidad o en privado, agudiza la capacidad de escuchar la palabra de Dios con una atención cuyos niveles se hacen cada vez más profundos y más receptivos. Cuando los ritos sacramentales y la palabra de Dios, a través de las Escrituras, llegan a tocar nuestros sentidos y nuestra capacidad de reflexión y penetran nuestro ser por medio del nivel intuitivo que poseemos, se desborda la energía inmensa del Espíritu Santo, y nuestra conciencia se transforma gradualmente en la mente de Cristo.

Cabe hacer aquí una aclaración sobre el significado de los términos que se han usado para titular este libro. La palabra griega “mysterion” cuya traducción al latín es “sacramentum” en español se conoce como “misterio” o

“sacramento”. En el contexto de la liturgia estas dos palabras son sinónimas y representan un signo o símbolo sagrado. Este símbolo puede ser una persona, un sitio o un objeto de una realidad espiritual que trasciende más allá de los sentidos y más allá de los conceptos racionales que dependen de los sentidos y de la razón.

Por ejemplo, la vida histórica y la actividad de Jesús son indicaciones de la presencia del Verbo Eterno de Dios, ese Padre con el cual su humanidad estaba indisolublemente unida. En efecto, el hecho de que esta unión tuvo lugar es el meollo de la fe cristiana. Cómo tuvo lugar, es el misterio de la encarnación. Al referirnos a los “misterios” de Cristo, estamos hablando de sus acciones redentoras, especialmente su pasión, muerte y resurrección, y de los sacramentos que prolongan dichos actos a través de los tiempos, por medio del ministerio de la Iglesia. Estos actos, que fueron visibles y que pueden verificarse, son el indicio de su presencia y acción, que están contenidas en el momento presente. En cualquier momento o lugar en que tenga lugar la acción de Cristo, se transmite la vida de Dios.

EL PODER DEL RITO

Jesús se fue con él. Le seguía un gran gentío que lo oprimía. Había una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años, y que había sufrido mucho con numerosos médicos. Había gastado todos sus bienes sin encontrar alivio; al contrario, había ido a peor. Sabedora de lo que se decía de Jesús, se acercó por detrás entre la gente y tocó su manto. Y es que pensaba: “Si logro tocar aunque sólo sea sus vestidos, me salvaré.” Inmediatamente se le detuvo la hemorragia y sintió en su cuerpo

que quedaba sana del mal. Al instante Jesús, dándose cuenta de la fuerza que había salido de él, se volvió entre la gente y preguntó: “¿Quién me ha tocado los vestidos?” Sus discípulos le contestaron: “Estás viendo que la gente te oprime, ¿y preguntas quién te ha tocado?” Pero él miraba a su alrededor para descubrir a la que lo había hecho. Entonces, la mujer, viendo lo que le había sucedido, se acercó atemorizada y temblorosa, se postró ante él y le contó toda la verdad. Él le dijo: “Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz y queda curada de tu enfermedad.”

(Marcos 5:24-34)

La mujer que padecía la hemorragia, formaba parte de una inmensa multitud en la que se empujaban los unos a los otros para acercarse a Jesús. Este incidente nos lleva al significado de lo que es un rito. Los ritos son símbolos, gestos, palabras, lugares y objetos que tienen un significado sagrado. Podría decirse que son como el ropaje de Dios, saturado del poder curativo de Dios. Dios, claro está, no usa ropa. Pero Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, sí usaba ropa. Y así vemos que esta mujer, que llevaba muchos años padeciendo de su enfermedad, en virtud de haber tocado el borde del manto de Jesús, quedó curada.

Hay una analogía muy intrigante entre su humilde fe y lo que nosotros hacemos cuando celebramos la liturgia. Nótese que cuando la mujer tocó el borde del manto de Jesús, el poder curativo emanó de él. Igualmente emana el poder curativo de Jesús cuando uno se acerca a los ritos sagrados con fe, puesto que se está llamando a la puerta de dicho poder curativo y se está expresando cuánta fe tiene cada uno. Por supuesto que el rito puede convertirse en una simple rutina. Entonces renovar la fe

en el poder curativo de los sacramentos se convierte en un verdadero esfuerzo.

También es posible que se exageren las ceremonias con la multiplicación excesiva de ritos. Demasiado o muy poco ropaje puede impedir la transmisión del poder curativo propio del uso discreto de ritos. Los ritos sagrados, al igual que la ropa de Jesús, no tienen poder curativo propio. Simplemente disfrazan la realidad que cubren. Para poder tocar a Jesús, no debemos tratar de evitar o evadir los rituales, sino usarlos como medios para llegar a la realidad de su Presencia. Cuando el rito se toma como una disciplina hace que nuestras facultades despierten al sacramento de toda realidad.

Existe una inmensa variedad de ritos en que expresamos nuestra adoración de acuerdo a las enseñanzas oficiales de la Iglesia. El año litúrgico es el más extenso y profundo de todos.

El año litúrgico enfoca las tres grandes ideas teológicas que forman el corazón de la revelación cristiana: la luz, la vida y el amor divinos. Constituyen el desdoblamiento gradual de lo que llamamos gracia santificante, es decir, la manera en que Dios comparte gratuitamente su propia naturaleza con nosotros. Como fuentes primordiales de la actividad divina, cada idea enfatiza un aspecto o una etapa especial en la forma en que Dios se da a conocer y se comunica con nosotros. Todas estas ideas teológicas están contenidas de forma concentrada cada vez que celebramos la Eucaristía. En el año litúrgico se amplían para que cada persona pueda estudiarlas y saborearlas y para poder investigar mejor y asimilar las riquezas divinas que contienen cada una de ellas. Este arreglo maravilloso refuerza el poder que tiene la Eucaristía para transmitir las. La luz divina se experimenta entonces

como sabiduría, la vida divina como fuerza interior, y el amor divino como poder transformador.

LA TRANSMISIÓN DEL MISTERIO DE CRISTO

En el principio existía la Palabra la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio junto a Dios. Todo se hizo por ella, y sin ella nada se hizo. Lo que se hizo en ella era la vida, y la vida era la luz de los hombres; y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron.

Hubo un hombre, enviado por Dios: se llamaba Juan. Éste vino para un testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él. No era él la luz, sino quien debía dar testimonio de la luz. La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre, cuando viene a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por ella, pero el mundo no la conoció. Vino a los suyos, mas los suyos no la recibieron. Pero a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre; éstos no nacieron de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino que nacieron de Dios. Y la Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros; y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Unigénito, lleno de gracia y de verdad.

(Juan 1:1-14)

El prólogo del Evangelio de Juan nos presenta el plan eterno de Dios, en el cual Cristo ocupa la posición más importante. El Verbo Eterno, el silencio del Padre expresado a plenitud, ha entrado al mundo y se ha manifestado como un ser humano. Por su poder infinito, el Verbo

Eterno ha abarcado la humanidad entera para incluirla en Su relación divina con el Padre.

Nosotros, que somos seres incompletos, confundidos y agobiados por las consecuencias del pecado original, constituimos la familia humana de la cual el Hijo de Dios se ha hecho cargo. La fuerza básica del mensaje de Jesús es su invitación a la unión divina, que es el único remedio para la precaria situación en que se encuentra la humanidad. Al no experimentar la unión divina, nos sentimos apartados de nosotros mismos, de Dios, de los demás y del cosmos. Por lo tanto, buscamos sustitutos para la felicidad para la cual fuimos predestinados y que no sabemos cómo ni dónde encontrar.

Esta equivocada búsqueda de la felicidad es la condición a la cual está dirigido el mensaje del Evangelio. La primera palabra que Jesús pronuncia cuando comienza su ministerio público es “Arrepentíos”, con lo cual quiere decir, “Cambiad la ruta que habéis escogido para buscar la felicidad”. Esta no puede hallarse utilizando los programas que se originaron en la tierna infancia y que fueron basados en las necesidades instintivas de seguridad y supervivencia, de afecto y estima, y de poder y control sobre todo lo que esté al alcance. Estos programas no pueden funcionar en la vida adulta, aunque todo el mundo trata de hacerlos funcionar. La verdadera felicidad sólo se puede experimentar en la unión con Dios, que es algo que simultáneamente nos une con todos los demás miembros de la familia humana y con toda la realidad que nos rodea.

Este regreso a la unificación es la buena nueva que proclama la liturgia. Nos busca donde sea que estemos. Hace que nuestro ser participe con todas sus facultades y todo su potencial en un compromiso que nos lleve a un

desarrollo personal y a un desarrollo corporativo de la humanidad entera, conduciéndonos a estados más elevados de conciencia. La madurez plena de este proceso de desarrollo es lo que Pablo llama “La liturgia es el vehículo máximo para transmitir la vida divina que se manifiesta en Jesucristo, el ser divino y humano. Cuando Jesús dejó esta vida y entró en su vida post-histórica, la liturgia se convirtió en la extensión de su humanidad en tiempos venideros. Las fiestas del Año Litúrgico son los ropajes que hacen visible la Realidad oculta que nos es transmitida en los ritos sacramentales.

El Año Litúrgico fue desarrollado durante los primeros cuatro siglos del cristianismo, bajo la influencia de la visión contemplativa del Evangelio que disfrutaron los Padres de la Iglesia. Es un programa completo que fue diseñado para permitirle a la cristiandad asimilar las gracias especiales que fluyen de los sucesos principales en la vida de Jesús. El plan divino, según Pablo, es compartir con nosotros el conocimiento del Padre que pertenece al Verbo Eterno por naturaleza, y al hombre Jesucristo, que se convirtió en dicho Verbo. Esta conciencia se cristaliza en forma expresa con la maravillosa expresión “Abba” que usó Jesús, y cuya traducción es “Papá”. El nombre “Abba” implica una relación de admiración, afecto e intimidad. La experiencia personal a la que se refiere Jesús cuando llama a Su Padre “Abba” es el corazón del misterio que se transmite por medio de la liturgia. El Año Litúrgico comunica al máximo esta conciencia. Cada año presenta, revive y transmite el Misterio de Cristo en toda su extensión. A medida que el proceso continúa año tras año, nosotros vamos creciendo en nuestra madurez en Cristo, así como el árbol cada año añade anillos a su tronco. Y la expansión de nuestra experiencia de fe indi-

vidual se expresa en la personalidad corporativa de la Nueva Creación que Pablo llama “el cuerpo de Cristo”.

El “cuerpo de Cristo”, o simplemente “el Cristo”, es para Pablo el símbolo del desdoblamiento de la familia humana en la conciencia de Cristo, es decir, en la experiencia de Cristo de esa Suprema Realidad llamada “Abba”, Cada uno de nosotros, como células vivientes que somos del Cuerpo de Cristo, contribuye a este plan cósmico a través del crecimiento en nuestra propia fe y nuestro propio amor, así como también cuando servimos de instrumento para que crezca la fe y el amor de los demás. Es esto lo que da un valor inmenso a la adoración comunitaria y a la participación y celebración de la experiencia del Misterio de Cristo en una comunidad de fe.

El cuadro completo de los misterios de Cristo se condensa en una simple celebración de la Eucaristía. El Año Litúrgico divide el contenido de esa explosión única de luz, vida y amor divinos con el fin de permitirnos asimilar el significado de estas ideas teológicas cuando las experimentamos una por una. En el tiempo que se extiende desde la Navidad hasta la Epifanía, se le da el enfoque a la idea teológica de la luz. En el tiempo de Pascua de Resurrección, se enfoca la idea teológica de la vida. En el tiempo de Pentecostés, se enfoca la idea teológica del amor. Cada una de estas ideas teológicas se comunica por medio de un largo período de preparación que culmina en la celebración de la fiesta principal. Cada tema importante se continúa desarrollando en las festividades que le siguen, y terminan con la fiesta mayor de esa temporada, que viene a coronar la fiesta principal. Percibimos la fuerza de la luz divina, la vida divina y el amor divino cuando estos temas dejan de ser simplemente ideas teológicas y se convierten en nuestra experiencia personal. Es este el

objetivo final de la liturgia. A diferencia de otras formas de enseñanza, la liturgia transmite el conocimiento que expone. Cada año, el Año Litúrgico nos brinda un curso completo en moral, dogma, ascetismo y teología mística, y lo que es más importante, nos vigoriza para que vivamos la dimensión contemplativa del Evangelio, esa relación estable y madura con el Espíritu de Dios que hace que adquiramos la costumbre de comportarnos inspirados por los dones del Espíritu, tanto en la oración como en la acción.

El Año Litúrgico es una producción extraordinaria. Se dirige simultáneamente a cada uno de los niveles de nuestro ser, y nos pide una respuesta. Los textos litúrgicos de las diversas festividades y temporadas se han yuxtapuesto para resaltar el significado de la vida, pasión y muerte de Jesucristo. Teniendo en cuenta que el año litúrgico es un curso de instrucción cristiana, se podría llamar más acertadamente “las Escrituras aplicadas”, debido a su carácter eminentemente práctico.

El Año Litúrgico nos presenta los sucesos de la vida de Jesús de forma dramática. Los conmemora como si fuera una película documental. Lo mismo que un documental, nos presenta situaciones de la vida real y nos involucra más que un drama.

La televisión ofrece una analogía bastante curiosa de la manera en que la liturgia conmemora el desarrollo de la vida de Jesús como si estuviera ocurriendo en el presente. Por ejemplo, vemos en la televisión noticias y juegos deportivos, que a pesar de estar sucediendo al otro lado del mundo, se hacen presentes bajo nuestro propio techo. Una celebración litúrgica no es un evento en vivo, puesto que Jesús ya no está con nosotros, sino que nos hace revivir espiritualmente los acontecimientos de Su

vida al comunicarnos la gracia que santifica y va unida a cada uno de esos acontecimientos cuando los celebramos sacramentalmente. Lo que sucedió hace veinte siglos se hace presente en nuestros corazones. Esto es algo que “no puede lograr la televisión.

Para continuar con esta analogía, la televisión acerca y aleja el foco de la cámara al filmar. Por ejemplo, al mostrar un evento deportivo, por lo general la cámara inicia la filmación con una vista panorámica del estadio, y luego se aproxima a algún jugador en particular para que podamos ver sus jugadas y movimientos. Luego aleja el foco y vemos a la multitud aclamando y aplaudiendo. Con ese alternar de lo distante y lo cercano es como la Liturgia enfoca nuestra atención a la principal idea teológica de cada momento del año. Cada momento del año nos ayuda a repasar la idea teológica correspondiente, mientras que las fiestas específicas dentro de la temporada nos muestran más de cerca la acción de Jesús en nosotros y en el mundo.

Tomemos un ejemplo: el Misterio de Navidad-Epifanía comienza con el tiempo de Adviento, un período extenso de preparación que culmina en la fiesta de Navidad. En el primer domingo de Adviento, la “cámara fotográfica de la liturgia” nos da una perspectiva general de las tres venidas de Cristo. En los domingos siguientes se nos presentan los tres personajes más importantes del Adviento: María, la Madre Virgen del Redentor; Juan Bautista, quien presentó a Jesús a aquellos que oyeron su mensaje primero; e Isaías, quien anunció la venida de Cristo con una precisión extraordinaria setecientos años antes de que ocurriese. La disposición de ánimo y la conducta de estos tres personajes son el modelo que debemos imitar. De esta manera la liturgia despierta en nosotros la mis-

ma espera ansiosa con que los profetas anhelaron la venida del Mesías. A través de nuestra participación en el Misterio Navidad-Epifanía nos preparamos para el nacimiento espiritual de Jesús en nosotros.

La serie de fiestas que siguen a la celebración de la Navidad acentúan su profunda trascendencia. La gracia que conlleva la Navidad es de tal magnitud que no se puede captar con una sola ráfaga de luz. Solo cuando se celebra la Epifanía, la fiesta que la corona, es cuando se revela plenamente toda la idea teológica de la luz divina.

El alcance del misterio de Cristo se experimenta a niveles cada vez más profundos de asimilación a medida que celebramos los tiempos litúrgicos y sus diversas fiestas, año tras año. La liturgia no es que nos sitúe simplemente en la gradería del estadio, así sea en primera fila, sino que nos invita a que participemos en el suceso mismo, a absorber su significado y a establecer una relación con Cristo en cada nivel de Su ser y en cada nivel del nuestro. Esta relación con Cristo es la fuerza principal que impulsan los tiempos litúrgicos y que hace que todas nuestras facultades se sientan involucradas: la voluntad, el intelecto, la memoria, la imaginación, los sentidos y el cuerpo. La transmisión de esta relación personal con Cristo, y a través de Cristo con el Padre, es lo que Pablo llama “Mysterion” que significa misterio o sacramento en griego, y que es un signo exterior que contiene y comunica la Realidad sagrada. La liturgia nos enseña y nos capacita para que, al celebrar los misterios de Cristo, los percibamos no solo como eventos históricos, sino como manifestaciones reales de Cristo aquí y ahora. Por medio de este contacto viviente con Cristo, nos transformamos en iconos de Cristo, es decir, en manifestaciones

del Evangelio a través de formas cambiantes, así como varían las formas y colores de la vida.

La liturgia nos transmite la conciencia de Cristo de acuerdo a nuestra preparación. La mejor forma de prepararnos para recibir esta transmisión es la práctica regular de la oración contemplativa, porque agudiza y refina nuestra capacidad para escuchar y para responder al mensaje de Dios en las escrituras y en la liturgia. También se caracteriza la oración contemplativa por el deseo de identificarnos con la mente de Cristo, de asimilar y de ser asimilados en la experiencia interior de Cristo para que Él nos muestre la Realidad Suprema como Abba.

La liturgia es el medio por excelencia para transmitir la conciencia de Cristo. Es el lugar principal donde esto sucede. Usa el ritual para preparar las mentes y los corazones de los que participan en su celebración. Cuando estamos debidamente preparados, cautiva nuestra atención en todos los niveles de nuestro ser y nos comunica la gracia especial de la fiesta que se celebra.

LAS CINCO PRESENCIAS DE CRISTO EN LA LITURGIA

Por su parte, los once discípulos marcharon a Galilea, al monte que Jesús les había indicado.

Al verlo, lo adoraron, si bien algunos dudaron. Jesús se acercó a ellos y les habló así: “Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y estad seguros que yo estaré con vosotros día tras día, hasta el fin del mundo.”

(Mateo 28:16-20)